

Uno más uno igual... ¡uno!

(2.11–22)

El único y eterno pacto de paz que ha durado en este mundo—y seguirá durando—fue el realizado por Dios y sellado por la sangre de Su Hijo Jesús. Para apreciar la grandeza de la paz que trae Jesús, primero hay que recordar la inmensidad de la desunión que existía entre los hombres en los días de Cristo y cuando comenzó la iglesia. En los párrafos finales de Efesios 2, Pablo nos mostró la brecha entre el hombre y el hombre que Dios cerró por nosotros, para que Su glorioso cuerpo, la iglesia, pudiera ser un cuerpo de creyentes unido y grandioso.

LA SEPARACIÓN (2.11, 12)

Cada época y cada cultura tiene líneas de demarcación que levantan barreras entre grupos de personas. En los días de Pablo, el mundo estaba dividido en dos categorías: judíos y gentiles. No es exagerado afirmar que existía un gran rencor entre estas dos culturas.

¿En qué se diferenciaba el judío del gentil? El judío podía trazar su linaje hasta llegar a Abraham, Isaac y Jacob. Cualquier persona que no podía hacer eso era un gentil. Pablo identificó seis diferencias que separaban a los judíos y gentiles de su época.

Sin circuncisión

«Por tanto, acordaos de que en otro tiempo vosotros, los gentiles en cuanto a la carne, erais llamados incircuncisión por la llamada circuncisión» (vers.º 11). Los gentiles no practicaban el rito de la circuncisión. Dios les había dado a los judíos esta señal especial como recordatorio constante de que había prometido bendecir el mundo por medio de este pueblo. Los judíos, sin embargo, lo volvieron un asunto de orgullo carnal. En el siglo primero, el desprecio había alcanzado su máxima expresión.

Sin Cristo

«En aquel tiempo estabais sin Cristo» (vers.º 12). Para los judíos, la historia avanzaba con un propósito. Dios estaba llevando a cabo Su voluntad por medio de la nación de Israel. Dios enviaría un día a Su Cristo, Su Mesías, para liberar a los judíos de una vez por todas de la opresión perversa de los gentiles. La esperanza que tenían en la venida de Cristo era lo que consolaba y motivaba a los judíos ante el continuo rechazo y persecución.

Los gentiles, sin embargo, no tenían tal sueño. Para ellos, la historia carecía de propósito. Los filósofos griegos describían la historia como algo que transcurría en ciclos. Durante tres mil años, la historia siguió su curso y luego vino el gran incendio que consumió en llamas el mundo romano.¹ Algunos decían que la historia estaba condenada a repetir todo el proceso, que el mismo tipo de personas y eventos serían vistos repetidamente. El resultado fue que veían la vida como algo vacío y sin sentido. Los gentiles no tenían un libertador que viniera a rescatarlos de la inutilidad con la que miraban el mundo.

Sin ciudadanía

«... alejados de la ciudadanía de Israel» (vers.º 12). Dios había llamado a la nación de Israel para ser Su pueblo. Tenían una ciudadanía divina en el reino de Dios gracias a Su llamado. Los gentiles no tenían tal llamado. No tenían noción alguna de la ciudadanía en el reino de Dios, ni se les ofreció la oportunidad de ser ciudadanos.

En el siglo primero, los judíos estuvieron aceptando algunos prosélitos gentiles; sin embargo, en el mejor de los casos, estos conversos eran de segunda clase. Siempre tenían que decir, «Vuestro padre Abraham». Constantemente, se les recordaba que no tenían derecho natural a la ciudadanía en el reino de Dios.

Sin pactos

«... y ajenos a los pactos de la promesa» (2.12). Con Abraham, Isaac y Jacob—y más tarde con Moisés—Dios pactó relaciones con Su pueblo. Jamás hizo tales pactos con los gentiles. Estos nunca tuvieron promesas divinas de las cuales anticipar su cumplimiento. Todos los pactos y todas las promesas del Antiguo Testamento fueron hechos por Dios con Su pueblo escogido de Israel. Los gentiles no tenían ninguna que pudieran reclamar como suya.

¹ El gran incendio de Roma comenzó el 19 de Julio del 64 d. C. y ardió fuera de control por varios días. El fuego eventualmente destruyó tres de los catorce distritos de Roma, causando gran daño a siete más y dejando solamente cuatro distritos sin daños. Consumió mansiones privadas, vecindades, templos, santuarios, altares y tesoros irremplazables obtenidos en las conquistas romanas. (Tácito *Los Anales* 15.40–41.)

Sin confianza

«... sin esperanza» (vers.º 12). El mundo antiguo se sumió en una gran nube de desesperanza. Las filosofías eran vacías; las tradiciones eran insatisfactorias; las religiones eran incapaces de ayudar a sus fieles a enfrentar la vida o la muerte. Los gentiles no tenían mensaje de parte de Dios, estaban sin un Cristo que los liberara de su desesperación, sin una esperanza de salvación. ¿No es de extrañar entonces que no tuvieran confianza para afrontar el futuro, ni esperanza que les diera aliento para vivir la vida en abundancia?

Sin creador

«... y sin Dios en el mundo» (vers.º 12). Ídolos, tenían en abundancia—pero no tenían a Dios. El Creador de los gentiles les era desconocido. No tenían idea de quién era ni qué deseaba de ellos. Lo mejor que podían hacer era crear un ídolo al «Dios no conocido» y esperar no haber ofendido a ninguna deidad.

Las anteriores seis grandes diferencias separaron más y más a judíos de los gentiles. Había diferencias irreconciliables que separaban a las dos culturas.

El estar distanciados, o separados en espíritu de los que nos rodean, es una experiencia común en el mundo de hoy. Es un subproducto dominante del pecado que obra en los corazones de los hombres.

LA EXPIACIÓN (2.13–17)

Donde el hombre ha fracasado, Dios ha tenido éxito. Este tiene una cura para todas las formas de distanciamiento entre los hombres. «Pero ahora en Cristo Jesús, vosotros que en otro tiempo estabais lejos, habéis sido hechos cercanos por la sangre de Cristo» (vers.º 13). Jesucristo es la solución para el distanciamiento del hombre—no solamente de Dios, sino también de otros. Jesús es nuestra paz. Este toma a los que tienen diferencias intensas y los hace «uno» una vez más en sus relaciones los unos con los otros.

Jesús es nuestra paz

«Porque él es nuestra paz, que de ambos pueblos hizo uno, derribando la pared intermedia de separación» (vers.º 14). Pablo no dijo que Jesús *trajo* la paz, dijo que Jesús *es* nuestra paz. ¿Qué quiere decir esto?

Supongamos que un esposo y una esposa van a la corte para obtener un divorcio después de varios años tormentosos de unión. Un abogado redacta un documento que dice que el marido se quedará con

tal posesión mientras que la esposa se quedará con tal otra, y que el marido tiene que hacer ciertas concesiones y la esposa tiene que hacer otras. El documento es un acuerdo legal, sin embargo, el hombre como la mujer podrían realmente nunca estar de acuerdo con lo que está escrito en el papel.

En contraste, supongamos que el hijo de ellos de diez años de edad—a quien ambos aman profundamente—entra y junta sus manos; y les dice llorando: «Por favor, no se divorcien. Permanezcan juntos. Los necesito. Quiero que se amen de nuevo. Haré lo que pueda para ayudar». El hijo puede hacer infinitamente más para mediar un acuerdo entre su padre y su madre que lo que podría lograr algún documento. La legislación no puede cambiar los corazones de las personas.

Pablo dijo que la respuesta al dilema del hombre es Jesús, la persona. Cuando tenemos un amor común por Jesús y Este vive en nosotros, la respuesta natural es que nos amemos unos a otros. Él se convierte en fuente de paz entre unos y otros.

Jesús hace la paz

«... para crear en sí mismo de los dos un solo y nuevo hombre, haciendo la paz» (vers.º 15). ¿De qué manera hace Jesús la paz entre las facciones beligerantes de la humanidad? Lo hace creando una nueva humanidad. Crea en Sí mismo un hombre nuevo. Los términos «judío cristiano» y «gentil cristiano» son completamente ajenos al Nuevo Testamento. En Cristo hay solamente un tipo de persona—¡el cristiano!

Al menos diez veces en Efesios ya Pablo había aludido a nuestra posición «en Cristo» (o «en Él»). Si un judío es salvo, estará en Cristo. Si un gentil es salvo, estará en Cristo. Si un hombre blanco es salvo, estará en Cristo. Si un hombre de raza negra es salvo, estará en Cristo. Cristo tiene únicamente un cuerpo. Este es el misterio del cuerpo. De las muchas razas, de las muchas culturas y de las muchas nacionalidades surge solamente un cuerpo, el cuerpo de Jesucristo.

Jesús es nuestra paz cuando vive en nosotros. Jesús hace la paz cuando nos damos cuenta de que todos estamos juntos en Él.

Jesús predica la paz

«Y vino y anunció las buenas nuevas de paz a vosotros que estabais lejos, y a los que estaban cerca» (vers.º 17). Jesús, como Dios, podría haber llegado a esta tierra para predicar juicio por los pecados de los hombres; sin embargo, no lo hizo. Vino como el Príncipe de Paz, con un mensaje de paz. Si Cristo está en su corazón y usted está en

Cristo, usted ha sido llamado a ser un mensajero de la reconciliación—en el hogar con su esposo o esposa y con sus hijos, en el trabajo con sus compañeros, al otro lado de la calle con su vecino, en todo el país con sus familiares.

Tenemos que derribar las barreras de la hostilidad y del distanciamiento. Porque estamos en el Príncipe de Paz, compartimos Su misión de hacer paz con los demás y proclamar la posibilidad de paz para con todos.

LA ARMONÍA (2.18–22)

El distanciamiento existe entre las personas por culpa del pecado. Jesús hace expiación entre los hombres al reconciliarlos en Su cuerpo. La verdad final que acaparó la atención de Pablo la constituyó la armonía que las personas tienen en Cristo.

En 2.14, Pablo habló de la «pared intermedia de separación». Probablemente tenía en mente un rasgo distintivo del templo de Jerusalén. Pablo recordó vívidamente un muro de aproximadamente un metro y medio de altura que corría en medio del atrio del templo separando el atrio de los gentiles del atrio interior, al que solamente entraban judíos. En 1871, los arqueólogos descubrieron una inscripción en griego colocada a lo largo de este muro divisor. Decía: «No se les permita a los extranjeros entrar el cerco alrededor del templo. Todo el que sea sorprendido causará su propia muerte, la cual vendrá a continuación».

El muro simbolizaba la vieja hostilidad entre las razas. Espiritualmente hablando, Jesús rompió el muro cuando murió. Ahora todas las personas tienen el mismo acceso al Dios del universo: «... porque por medio de él los unos y los otros tenemos entrada por un mismo Espíritu al Padre» (2.18).

Una biografía de Abraham Lincoln, el decimosexto presidente de los Estados Unidos, relata un incidente que ocurrió durante la Guerra Civil. Mientras el presidente estaba en una reunión crucial con sus consejeros, elaborando una estrategia militar, se escuchó a alguien tocar la puerta. Willie, el hijo de Lincoln de diez años, deseaba ver a su padre por un momento. Lincoln dejó a un lado sus funciones presidenciales y dejó esperando a los hombres de estado mientras hablaba con su hijo. ¡Esto es lo que significa tener acceso! Pablo dijo que judíos y gentiles tienen igual acceso al Padre. Dios no hace

distinción alguna ni da un trato preferencial.

Pablo además ilustró su punto con tres analogías. Hay solamente una nación (2.19), una nación santa y cada miembro tiene su ciudadanía en el cielo. Hay solamente una familia (2.19); todos somos hermanos y hermanas en la familia de Dios, no importan las distinciones raciales, nacionales ni físicas que puedan haber entre nosotros. Hay solamente un templo (2.21); no es hecho por manos humanas, sin embargo, se compone de hombres y de mujeres de cualquier formación cultural, que sirven como piedras vivas de este templo espiritual.

Dios ha traído armonía a todas las personas por medio de Su Hijo. Estamos llamados a tener una unidad de espíritu los unos con los otros. Jesús es nuestra paz y trabaja por medio de nosotros para traer la paz a la tierra entre los hombres. ¡Ay de aquel que erija un muro de separación en la iglesia del Señor! Dios está en el negocio de derribar las barreras entre los hombres. ¡Toda persona cuyas palabras o acciones destruyan la armonía en la iglesia está luchando contra Dios!

CONCLUSIÓN

Únase al Príncipe de Paz convirtiéndose en un mensajero de la paz. Derribe cualquier fortaleza de hostilidad en su propia vida que tenga contra otros. Llegue a otros sin importar las posiciones económicas, razas, personalidades y apariencias. Con su propia vida, muéstrele al mundo lo que realmente significa ser un hombre nuevo en la iglesia.

Chris Bullard

CRISTO, EL PACIFICADOR (2.13–22)

¡Maravilla de maravillas, Cristo Jesús, el pacificador, rompió la pared de hostilidad entre los creyentes judíos y gentiles! Puesto que Cristo es tanto la semilla de la mujer como la simiente de Abraham (vea Génesis 3.15; Gálatas 3.16), no es de extrañar que en Él, judíos y gentiles podían unirse para llegar a ser un «nuevo hombre», una nueva humanidad (Efesios 2.15).

Adaptación de *New Testament Commentary: Ephesians* (Comentario del Nuevo Testamento: Efesios), William Hendriksen

Autor: Chris Bullard
©Copyright 2012, por LA VERDAD PARA HOY
Todos los derechos reservados